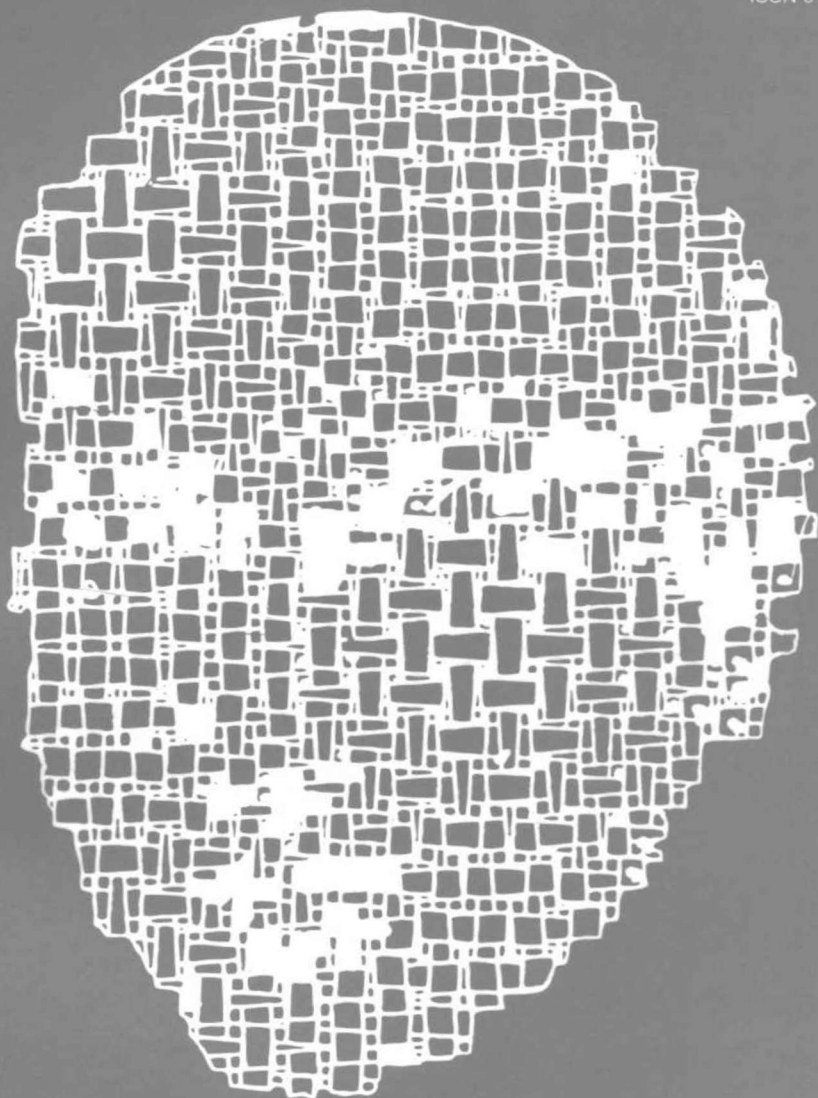


ANNOLOGÍA

FILOSÓFICA

ISSN 0188-896X



REVISTA DE FILOSOFÍA

AÑO XXXI 2017 No. 1

Artículos

Issa Alberto Corona Miranda Hermenéutica y sus Aplicaciones. Entrevista a Jesús Conill	3
Juan R. Coca , Jesús A. Valero Matas y Susana Gómez Redondo Análisis Socio-Hermenéutico de la Retórica Tecnocientífica y sus Implicaciones en los Imaginarios Sociales de la Misma	21
Fernando Álvarez Ortega Juegos del Lenguaje, Parecidos de Familia y Narraciones: Una Aproximación Wittgensteiniana	45
Juan Carlos Moreno Romo De la Infancia a la Filosofía	65
Diego Pintado El Secreto del Ser y el Olvido de dos Problemas Fundamentales de la Ontología: El Trascendental y El Accidente	87
Héctor Sevilla Godínez Hacia una Nueva Descripción de la Nada Mediante La Analogía	107

Enrique Aguayo
Hermenéutica Analógica y Aplicación
de los Principios Bioéticos a la Medicina 129

Reseñas

Víctor Hugo Méndez Aguirre
Claudio Clemente s.j., *El maquiavelismo
degollado por la cristiana sabiduría de España
y Austria*, introducción, traducción y notas de
Luis Felipe Jiménez y Antonio Núñez Martínez,
Zacatecas, Texere, 2015, 233 pp. 145

HACIA UNA NUEVA DESCRIPCIÓN DE LA NADA MEDIANTE LA ANALOGÍA

Héctor Sevilla Godínez,
Universidad de Guadalajara,
Guadalajara, Jal.,
México.

Resumen

En las siguientes páginas el lector encontrará una propuesta de comprensión filosófica de la nada. A diferencia de lo estudiado por la ciencia o sus referencias implícitas en el arte, la intención de este artículo es expresar en veinte categorías concretas lo que puede entenderse por la nada en el ámbito de la metafísica mediante la analogía. Entre otras cosas: que la nada es, que no hay manera de conocerla directamente, que contiene al mundo sin voluntad, que no es deidad ni creadora, a la vez que es increada, no contingente, atemporal, absoluta, generadora de incertidumbre, condicionante y preexistente a todo lo que es; en ese sentido, la nada implica el movimiento, es posibilitadora y está asociada al caos y al cosmos. El texto presenta la alternativa de vivificar la nada y distingue la imposibilidad de definirla por medios estrictamente racionales.

Palabras Clave: Nada; Metafísica; Incertidumbre; Ontología; Ser.

Abstract

In the following pages, the reader will find a proposal of philosophical comprehension of nothingness. Different from that which is studied by science or its references implied in art, the intent of this article is to express in twenty concrete categories that which can be understood by nothingness in the realm of metaphysics. Among other things: that nothingness is, that there is no manner of directly knowing it, that it contains the world without a will, that it is neither deity nor creator, at the same time that it is un-created, incontinent, atimely, absolute, generator of uncertainty, conditioning, and pre-existing to everything that is; in that sense, nothingness implies movement, is enabling, and is associated to chaos and the cosmos. Finally,

the text presents the alternative to vivifying nothingness and distinguishes the impossibility of defining it by strictly rational means.

Key Words: Nothingness; Metaphysic; Uncertainty; Ontology; Being.

Introducción: Una nada que es

A principio de cuentas, la nada *es*. No tendría sentido hablar de ella para negarla en este momento. Lo primero que podemos decir de la nada —aun en el entendido que nada podemos decir con plena conciencia de ella— es que *es*.

Probablemente, la mayor evidencia de la nada es la existencia del ser; en ese sentido, podemos comprobar que a la nada por medios apodícticos, es decir, al observar todo lo que no es la nada. En otras palabras, la nada está detrás de todo lo visible, lo tangible, lo tocable, lo perceptible. Que lo que vemos pueda verse es debido a que existe una separación entre lo que vemos y uno mismo como vidente; esa separación es un límite de lo existente que supone que no es el existente mismo todo lo que existe; por tanto, la entidad de lo que existe tiene un límite, tiene una frontera de ser que termina hasta lo que no es. De tal modo, la primera afirmación sobre la existencia de la nada es debida al límite que lo que es tiene sobre lo que no es. La nada permite que el ser sea. El ser permite que los entes sean. El ente contiene una sustancia que puede ser o no, por lo que se implica al no-ser en la posibilidad del ente de dejar de ser. En el plano jerárquico de lo ontológico, la nada es la base fundamental de todo lo que es. Ahora bien, que la nada sea no refiere a que nuestra capacidad de cognición pueda conocerla.

Una nada incognoscible

La Nada no puede ser conocida plenamente, sólo supuesta, inferida, imaginada o concebida de manera indirecta. No es controlada por el intelecto. La nada supone algo mayor que la capacidad humana de comprenderla. No es factible conocer lo que supera nuestro entendimiento; es por ello que la nada, de entre todas las cosas, es lo que más escapa a nuestra manera de describirnos el mundo.

El hombre contemporáneo ha forjado sus esquemas de percepción centrándose en el ser; su abordaje de la vida parte de lo tangible y lo ha arraigado fuertemente a un plano polar de la ontología. La nada no es un objeto de estudio, sino que se le contempla al no verle, se le asume pero no se le conoce. Los medios del conocimiento humano hasta ahora han sido metodológicamente incorrectos para la comprensión de una ontología de la nada, de una omnipresencia que supera la temporalidad y pequeñez estrecha de nuestra mente. Por si fuera poco, el lenguaje es incapaz de proceder correctamente en la descripción de la nada, pues todo aquello que se intente decir de ella presupone una descripción categorial completamente insuficiente para abordar la nada.

La nada es incognoscible debido a que todo concepto hace de ella un aspecto del mundo de lo que es, a la manera contraria de la nada. La comprensión de la misma debe iniciar con la aceptación de una forma distinta de percibir la realidad del mundo. Se requiere de la captación de una ontología de segundo orden en donde incluso lo que no es (a la manera convencional de ser) sea un algo. Esta nueva ontología ha de extenderse y enraizarse en la comprensión de la nada, lo cual no sólo repercute en la capacidad antropológica de percepción sino que modifica la cosmovisión y dirige la voluntad a nuevas formas de comprensión de la realidad.

Una nada que contiene al mundo desde fuera y dentro de él

La nada, al estar relacionada con todo lo que es, está en todo lugar donde algo sea. De esto se deriva la presencia de la nada en el mundo y más allá de él, puesto que no sólo en el mundo está el ser; ahí donde haya ser, implicado o no en entes, también está nada, a la manera de una nada situada. Esta idea —la existencia de la Nada, a través de la nada, más allá de los confines del mundo— es incompatible con los enfoques aristotélicos y medievales; pero es momento de que comencemos a propiciar una ruptura con los esquemas condicionantes del pensamiento occidental.

El principal argumento para la justificación de la nada fuera del mundo consiste en que el mundo está sostenido, englobado, enraizado, relacionado, contenido y dimensionado

por la nada misma. No hay algo dentro o fuera del mundo que no esté al alcance de la nada. No existe algo que la nada no posea; todo lo que es, lo es *en* la nada. El movimiento de las estrellas, de los astros y las nubes, está posibilitado por los límites corpóreos de las entidades que les son propias. Ahí donde el límite es, también habita la presencia de la nada.

Coincido con la visión de los estoicos sobre la existencia de un vacío absoluto desde el cual el mundo es posible. Sin embargo, no comparto la idea de que el orden cósmico determina, a manera de destino, en la vida humana; en ese sentido, la comprensión de la nada produce la intuición de innumerables posibilidades y circunstancias que modifican las relaciones entre lo existente. Los acontecimientos del mundo no responden a una fuente monótona, al estilo del vínculo lineal entre una causa y un efecto exclusivos entre sí; existe una multiplicidad de factores que modifican la interacción de las realidades existentes. Comprender la nada sobre el mundo se contrapone a la idea de un destino; esto es debido a que la nada no tiene una voluntad.

La nada sin voluntad

La negación del destino se desprende de asumir que la nada no tiene una voluntad; por ello, no hay una directriz del destino mismo y, por ende, no puede existir. Que la nada no tenga voluntad rompe con la percepción de Alguien presente en todos lados con el poder y la fuerza para implicarse en la vida de los individuos de manera proporcional a su deseo. La voluntad es una facultad apetitiva cuyo surgimiento requiere de un aparato mental que estructure las jerarquías de los propios deseos; de esto se deriva que es impropio e ingenuo suponer que la nada, o cualquier otra esencia superior que nazca en la base de un ser todopoderoso, tenga voluntad.

Además, la voluntad supone en aquel que la posee una identidad construida y esto es impropio decirlo de la nada. No hay una nada que tenga voluntad y con ello se imposibilita su intencionalidad. Ahora bien, todo esto no supone que la nada, debido a su falta de voluntad, ya no tenga contacto con los seres vivos o que ya no ejerza ningún tipo de influencia. A pesar de que no puede negarse la influencia de la nada sobre el ser,

esto no es por voluntad del que es o lo que es con la nada, sino una consecuencia natural, esperable, comprensible, de índole ontológica e imposible de impedir. Todo lo que es se relaciona con la nada, aun sin la voluntad de ambas partes o la probable indecisión del que es, si este ser es alguien.

La nada permite que las cosas sean y favorece las interacciones de las cosas entre sí. Esto tampoco supone un azar, sino una causalidad debida al movimiento; no obstante, no tenemos la capacidad para entender el movimiento, escapan de nuestras percepciones el conjunto casi infinito de relaciones entre las cosas, acontecimientos y personas que permiten que el momento presente sea lo que es. Que la nada no tenga voluntad la coloca más alto en la jerarquía (ilusoria) de absolutos, por encima de cualquier deidad personificada que posea voluntad. La nada no es la deidad, aunque se le haya asociado múltiples veces.

La nada como la no deidad

Eckhart relacionó a la nada con lo que él entendía que era la Deidad; evidentemente, la explicación del dominico es influida por su mismo credo. Al reconocer la realidad de la nada, evidenció que no podía no ser lo absoluto, que debía ser una Nada; como en el esquema de Eckhart lo Absoluto sólo podía ser Dios, se entiende la consecuente relación. Sin embargo, las configuraciones comunes de Dios han sido adicionadas por un carácter antropomórfico y una voluntad amorosa; en tal perfil, la Nada no debe ser observada como Dios, debido a que está por encima de tales representaciones.

Categorizar lo divino desde el esquema de lo humano es una distorsión que intenta manifestar lo inexplicable e incognoscible. La palabra “Dios” resuena en nuestra mente con una amplia gama de imágenes construidas y símbolos que le identifican culturalmente. La percepción que propongo de la nada tiene la ventaja, al menos para nosotros —o nosotros tenemos la ventaja ante la nada—, de no estar relacionada a un número tan elevado de preconcepciones de la misma tal como lo tiene el término de *Dios*. Debo asumir también que no es posible darle un contenido conceptual a la nada a riesgo de que, precisamente, deje de ser la nada.

No hay manera de referirse a la Nada a menos que sea con el silencio, o bien, en un atropello a la razón misma, como lo he intentado en estas páginas. Ciertamente, hablar de aquello que no puede ser reflejado y cuya descripción no encaja con las palabras, puede ser una pérdida de tiempo; lo único posible es intentar una aproximación respetuosa ante lo incognoscible. La nada, como Nada, es superior a cualquier deidad voluntariosa.

La nada es anterior a todo lo que es. Si una fuerza contraria o diferente a la nada hubiese creado todo lo que existe, tendría que haberlo hecho a partir de la nada. No caben aquí los esfuerzos de Agustín de Hipona por tratar de exponer la inexistencia del tiempo antes de la creación. Si hubo creación, entonces hubo también un momento anterior que supusiera el lapso de la nada, es decir, el momento en que lo creado aún no lo estuviese. La nada, por ello mismo, se entendió en la Edad Media como la contraparte necesaria y anterior a la creación que permitió que un ser omnipotente pudiera *crear*; la nada tuvo que contener lo que se crearía. Sin embargo, más allá de adoptar una actitud beligerante, debemos entender que sí hay creación pero no Creador y que lo que existe es producto de una interminable sucesión de hechos que no podemos explicar con certeza.

Si la existencia de un Creador es antagónica a la existencia de la nada, es la nada la que debe prevalecer, eliminando la idea del Creador. El Creador supondría voluntad de crear; la nada, al no tener voluntad, no posee el deseo de crear, mucho menos la necesidad de hacerlo para ser amada. La nada no ama a lo creado porque no lo ha creado; sólo ha sido el escenario necesario para que lo que es sea. Debido a la nada surge el ser; una vez que el ser es, la nada lo contiene.

La nada que contiene al ser

La forma en que surge el ser a partir de la nada continúa siendo un misterio. Es más honesto admitir el misterio mismo antes que idear una solución que suponga una voluntad creadora. Como quiera que sea, la nada fue necesaria para establecer, ella misma, el marco que dio origen a lo existente. Si el origen del Universo ha sido motivado por el Big-Bang, aún en

tal caso era necesario que hubiese una materia inicial desde la que surge la expansión tras la gran explosión. En ese sentido, la explicación científica sobre el origen del Universo no ha respondido de qué manera surge el ser de la nada.

Es probable que nuestra imaginación encuentre dificultades en concebir el origen de algo desde la nada, pero esto no supone que hay manera de negar (una vez que hemos desterrado de nuestra propia mente la solución que implica un ser creador—) que la nada ha estado antes de que surgiera lo que vemos hoy en día. Reitero, no estamos discutiendo si la nada es la creadora o que la nada crea, ya hemos dicho que no. Todo acto creativo supondría la voluntad del creador, pero hemos asumido la falta de voluntad de la nada; de tal modo, no es la nada la que crea pero sí, definitivamente, es el marco que permite el origen, la generación y la gestación de algo.

Lo creado no pudo crearse a sí mismo, no hay manera de que una piedra que no existe decida, de pronto, que existirá y que se creará a sí misma. No hay autocreación, tampoco voluntad creadora, pero sí hay una nada que atrae consigo la posibilidad del cambio, de la modificación. Todo origen nuevo, el paso de lo que no es a lo que es, requiere precisamente eso: el no-ser antecedente que está asociado, en un sentido estricto, con la nada. Se trata de una nada que fecunda, una nada que aporta la posibilidad de que lo que no es sea y que lo que es sea o deje de ser.

Esta nada, si es el fondo en el que surge el ser, también sigue siendo el fondo en el que todo ser se mantiene siendo. Posteriormente, cuando el ser deja de ser, nuevamente la nada será el fondo en el cual se fundirá. A pesar de tal función irremplazable, la nada no es creadora de lo que es.

La nada no creadora

La cuestión sobre el origen de la vida es mucho menos compleja que la del origen del Universo. Las respuestas sobre la vida las encontramos en el Universo. Hoy sabemos que la vida supuso un gran hallazgo, a través de una situación incierta se posibilitó la vida y la evolución de la misma que, además, está y ha estado sujeta a una serie de condiciones que están asociadas a múltiples causales de la naturaleza.

Esta cuestión puede resultar chocante sobre todo para quienes, para encontrar sentido a la vida, requieren forzosamente de una entidad creadora. La mayoría de las personas supone que se requiere de un origen omnipotente para tener una fuente de sentido. Si ése es el caso del lector, podríamos sugerirle que no rompa ese esquema sino que modifique a los actores y el fondo de la escena. Consideremos que la nada es la condición *a priori* para que lo que no existe exista; a su vez, lo que existe dejará de existir y se reencontrará nuevamente con la nada; por ende, la nada permite el sentido, es de donde se brota y hacia donde se va. La nada no suprime el sentido, lo propicia.

Hay que distinguir que la nada no es una fuente de sentido, antes que ello es la ruptura con todo sentido previo para poder, desde el sin-sentido, construir un sentido realmente personal, situado, íntimo. Ahora bien, si la nada es el fondo que permite el origen, entonces todo lo originado proviene de esa posibilidad; siendo así, la nada no pudo ser creada.

La nada increada

Ya he mencionado que la nada es ineludible y que es condición necesaria para el origen de todo. Pues bien, si la nada hubiese sido creada, ¿cuál habría sido el fondo desde el cual (la nada que no era) pudo llegar a ser? Si nuestra respuesta es que el fondo no existía, definitivamente nos equivocamos; si osamos responder que el fondo nunca ha existido y que lo que es no requiere antes no ser para luego ser, nos equivocamos de nuevo, aun peor. Si existiesen niveles de la nada, desde los cuales las nadas inferiores fueron creadas con base al fondo que las nadas superiores suponían, entonces la nada última o la que hubiese sido el fondo de todas las demás, sería la nada que buscamos.

Solamente podemos solucionar este acertijo en el reconocimiento de que ninguna de las tres opciones puede ser posible y que, de hecho, la nada ha sido increada puesto que es atemporal. Y si la nada hubiese sido creada, tendríamos que asumir varios inconvenientes que nos suponen mayores problemas. Por ejemplo: ¿cuál sería el no-ser de la nada que permitió que al ser creada pudiera efectivamente *ser* la nada? Si

hay una nada de la nada, entonces tal nada anterior sería la nada real. Más aún, si hubiera la posibilidad de un no-ser de la nada, este mismo tendría que ser el *ser* ya existente, el cual no tendría que ser creado pues ya es. Lo que ya es, no se puede crear nuevamente como si no fuera.

Siendo así, no hay modo posible de justificar la creación de la nada y se vuelve innecesario elucubrar la identidad del Creador de la nada misma. Si la nada no ha sido creada, entonces se asume que no tiene una contingencia, entendida ésta como la dependencia de otra cosa o entidad externa para ser.

La nada no contingente

Por contingencia me refiero a la cualidad de que algo pueda suceder o no; implica el riesgo de contener la posibilidad de ser o no ser en relación directa a otros sucesos. Del mismo modo, cuando me refiero a la contingencia hago notar la conexión dependiente de un hecho con otro, la ineludible interconexión entre dos situaciones para poder ser entre sí. Por ejemplo, para comer necesitamos que haya comida; de tal modo, nuestra alimentación es contingente a la existencia de alimento, y nosotros mismos somos contingentes a nuestra alimentación, en el sentido de que seguimos viviendo sólo si nos alimentamos, lo cual es posible en función de la existencia de los alimentos, cuya existencia —o no— es, a su vez, contingente a otros muchos factores. Por ello se implica la dependencia o condicionalidad de una cosa con la otra. El alimento también tiene una contingencia con quien se alimenta para, efectivamente, alimentar.

Cuando hablo de una nada no contingente me refiero a que no depende de algo a su alrededor para ser la nada. Por ejemplo, las ideas de un individuo existen como entes de razón, pero son contingentes al individuo de razón que las está pensando. De alguna manera, las creaciones son contingentes de su creador. Por ello, la idea de un Dios creador es contingente a quien emite la idea. La idea de Dios que sostiene tal visión es, precisamente, contingente a nosotros mismos en medida de que la pensemos o no. Podríamos aquí preguntarnos ¿quién ha creado a quién? ¿Las ideas de Dios son contingentes a aquellos que las piensan o quienes pensamos somos contin-

gentes a un Dios creador? En este caso, si es que nos planteamos tal pregunta, mi respuesta es la primera. Con la nada sucede diferente, además de no haber sido creada y librarse de la contingencia que eso implica, tampoco ha sido creadora; por este motivo no implica contingencia a ella, al menos no como creadora.

La nada tampoco depende de las ideas del hombre sobre ella, pues independientemente de estas ideas, la nada sigue siendo. Incluso, en el entendido de que la nada es anterior al hombre, posee un carácter no contingente hacia lo humano. Tampoco es contingente hacia el mundo, puesto que está sobre el mundo mismo. Finalmente, no es contingente de sí misma pues aun en el supuesto, demasiado iluso, de que la nada se haga nada de sí misma, aun así seguiría siendo la nada. Esto mismo se conecta a otra más de las características de la nada: su atemporalidad.

La nada atemporal

Si la nada no ha sido creada y no es contingente, ni siquiera sobre sí misma, con ello garantiza su atemporalidad. Es decir, la nada no tiene un principio ni tendrá un final. Esto sigue una lógica muy específica: la nada seguirá siendo la nada aun cuando sólo ella sea. Aun la negación de todo lo que es, la destrucción de todo lo que respira, la aniquilación de toda materia y la proliferación del olor a destrucción sobre la faz de lo que antes habría sido la tierra, aun en ese panorama (que ya no sería desolador al no haber un individuo que humanamente así lo viera) la nada seguiría siendo.

Es probable que estas condiciones propiciarían en ese instante que la nada, a pesar de que ella misma no sea el origen, estuviera en su estado originador. Al inicio de todo lo que es, la nada ya era, puesto que es previa a todo lo que es. Cuando he dicho al principio de estas descripciones que la nada es, obviamente me refiero a un *modo* de ser distinto al modo de ser del resto de lo que es, es decir, todo lo demás.

La nada con ese modo de ser particular, debido a su carácter no contingente, a su independencia de lo que es, *es* desde siempre y para siempre sin limitación alguna, de manera atemporal. Siendo así, en la nada tampoco hay un presente ni

un futuro, pues las líneas de lo temporal desde nuestra cognición humana, existen como medida del movimiento implicado en el cambio. En el entendido de su incontingencia, la nada no supone cambios. La nada no puede ser de otra manera a como es, debido a su imposibilidad de modificarse, a su inmaterialidad. Ahora bien, si afirmamos, junto a Heráclito, que lo único que permanece es el cambio, debemos considerar los siguientes aspectos: 1) se supone usualmente que Dios es inmutable y que no cambia; entonces, si Dios no puede cambiar no es el cambio y si el cambio es lo único que permanece, entonces, Dios estaría excluido; 2) si Dios cambia, esto supondría que es temporal y por tanto no es eterno; por ende, si no es eterno no es Dios; 3) con la nada no se presentan tales inconsistencias; si bien es cierto que la nada no es el cambio, sí lo hace posible al favorecer el traslado del no-ser al ser. De tal modo, si se afirma que el cambio es lo único que permanece, se admite que la nada que sostiene tales cambios es la fuente de todo lo que permanentemente sucede.

Se requiere de la nada para que el ser cambie. El tiempo como cuestión relacionada al movimiento está en el ser y no en la nada por lo que, de cualquier manera, la nada sigue siendo eterna. Siendo así, no hay tiempo en la nada y eso es debido, en una palabra, a que es absoluta.

La nada absoluta

En la nada absoluta, la Nada, la negación verdadera es una negación de la negación. Tal como vislumbra Heisig refiriendo el pensamiento de Nishida:

Llamar a la realidad misma una nada absoluta significa que toda la realidad está sujeta a una dialéctica entre el ser y el no-ser, esto es, que la identidad de cada cosa en el mundo está atada a una contrariedad absoluta. En otras palabras, la nada no solo relativiza el fundamento del ser, sino que relativiza cualquier modelo de coexistencia o armonía que sublima, trasciende, debilita o de otra manera oscurece esa contradicción. Al mismo tiempo, significa que el ascenso de la nada hacia el despertar en la conciencia humana, el “ver el ser mismo directamente como la nada”, es tanto el punto en el que el yo puede intuirse a sí mismo directamente, como el

punto en que el absoluto llega a ser más plenamente real.¹

Que la nada sea absoluta significa que está relacionada totalmente con todo lo que es; que todo lo que existe a nuestros ojos está relacionado a la nada y que todo lo que no vemos igualmente lo está. La nada es plena relación implícita y ontológica con todo lo que es. Además, que la nada sea absoluta supone que es totalmente nada en el sentido afirmativo de la expresión. Es auténtica, completa y homogéneamente lo que es, de manera plena e imperturbable. La nada es absoluta, no en el sentido de que el ser no exista, sino porque es en sí y consigo misma absolutamente nada.

La nada, desde esta perspectiva, está por encima y sobre todo, está a todos los lados de todo, dentro y fuera de todo; al no tener tiempo, no tiene tampoco movimiento y aun sin la existencia de tal movimiento está en todo lugar. ¿Cómo entender cualquier tipo de construcción simbólica sobre el bienestar para el humano que no esté asociada con esta idea absoluta? Irónicamente, aquellos que proponen la plenitud del hombre enraizando su enfoque en una visión metafísica parcial, que sólo encuentra lo real en el ser sin reconocer que el ser mismo está sometido a la nada, lo que logran es impedir tal plenitud ofrecida. No hay forma completa de concebir el progreso humano o el crecimiento personal sin concebir a la nada. Por ello, la nada misma, el hecho de la nada o lo ineludible de la nada, hace que se vuelvan obsoletos los esquemas de mejora personal que no asuman la condición humana en su vínculo con la nada.

La nada es el universal de todos los universales y la realidad está sujeta a ella, tal como explica Heisig:

De la misma manera en que hay clases dentro de clases [...] también puede haber universales autodeterminantes abarcados por universales autodeterminantes aún más abarcadores. Si hay una clase de todas las clases entonces debe haber un universal de todos los universales, es decir una realidad última que lo determina todo, a la vez que se determina a sí misma. La transición de una

¹James Heisig, *Filósofos de la nada*, p. 95.

clase a otra fue justamente lo que Nishida trató de captar con su lógica del locus, localizando los universales dentro de los universales y llegando, finalmente, a localizarlo todo en la nada absoluta.²

Una nada de ese tipo, que todo lo alcanza pero que no está al alcance del hombre, supone por sí misma, naturalmente, la imposibilidad de certezas humanas.

La nada como ruptura de toda certeza

No puede afirmarse que la nada tenga la voluntad de romper las certezas que humanamente construimos, pues la nada no tiene voluntad. Más bien, debido a la nada, nuestras concepciones sobre lo que es verdad son solamente ficciones. Los constructos desde los cuales juzgamos la realidad son, plena y abiertamente (aunque no siempre en conciencia), producto de una situación contextual desde la cual se generan los aprendizajes que suponen una cosmovisión; cada individuo tiene una noción diferente en función de eso. Ahora bien, en el momento en que gestamos nuestras convicciones, nos atenemos a ideas que no tienen otro sustento que la ficción. Lo que creemos ahora podemos no creerlo después, así como lo que hoy no creemos podemos creerlo más adelante si nuestra óptica evaluadora se modifica.

De esto se deriva que nuestras más profundas certezas son sólo ideas que pueden ser modificadas. Si consideramos que la nada está alrededor de todo lo que es y que las ideas que tenemos son (están en el plano del ser), entonces las mismas ideas que concebimos, creamos y asumimos, están (por el hecho de ser) llamadas a no-ser, a desaparecer, a ser negadas o superadas, desmentidas.

En medida que podamos asumir que nuestras certezas son realmente móviles y que las ideas sobre las cuales depositamos nuestra tranquilidad o nuestro orgullo son creaciones nuestras, de ahí habrá una apertura a la humildad que lleve a aprendizajes más plenos y reales. Es por ello que:

El pensador occidental ha de renunciar a dos ídolos sobre todo: la idolatría de la razón argumentativa y la ido-

²*Ibíd.*, pp. 110-111.

latría de la razón clara, unida a la voluntad individualista. Nos aferramos a la primera, en filosofía, por miedo a la presunta irracionalidad del mundo emotivo-narrativo-imaginativo. Nos aferramos a la segunda, en teología, por miedo a los panteísmos. Sin embargo, como consecuencia de ambas idolatrías quedamos presos en la cárcel que nosotros mismos hemos edificado: la de un pensar racionalista y dualista. Habrá que pasar por una depuración de ambas deformaciones y el vaciarse de los ídolos.³

El reconocimiento de la nada es, por tanto, el acompañante irrenunciable de la apertura a una vida sin certezas, sin sostenes ficticios que aprisionan; es disponerse a erradicar la creencia de que como humanos debemos ser sostenidos por algo o alguien. Esta negación de las certezas, socialmente asumidas, puede ser la posibilidad necesaria para la gestación de una conciencia más centrada en la nada del yo y menos en el ego del yo que usualmente utilizamos.

La nada como posibilidad

La capacidad originaria de la nada se ve fortalecida cuando el individuo es capaz de vaciarse voluntariamente de los falsos ídolos, de sus propios sostenes racionales y de sus facultades intelectualistas desentrañadas para depositarse en la contemplación de lo incontemplable. El reconocimiento de la imposibilidad de la plenitud, desde los esquemas culturales convencionales que han sido adheridos a nuestra persona, adviene la apertura a un replanteamiento de la propia idea moral mediante un ejercicio ético o discernimiento filosófico fortalecido.

La nada, nuevamente, puede tomar el sentido de una nada que posibilita, que es el marco para las creaciones (esta vez del humano en cuestión). La nada no elige a aquellos que buscan llenarse de ella para vaciarse, sino que es la voluntad personal la que asume o no a la nada. Llenarse de la nada consiste en abrir la posibilidad de una nueva concepción de las cosas. Mientras más lleno de nada se esté, más vacío en el sentido sano de la cuestión, entonces más posibilidades se tendrán de

³KitaroNishida, *Pensar desde la Nada*, p. 134.

construir con mejores cimientos o que los cimientos sean más profundos.

La negación o el entendimiento de la inexistencia del yo (creación de nuestra propia conciencia en referencia a la corporeidad que se posee) representa la comprensión de que sólo se es no siendo y que se es lo que no se es. Esto mismo se advierte cuando se entiende que la nada es al mismo tiempo el alfa y omega real.

La nada como preexistencia y culmen

De la nada venimos y a la nada volvemos; tal idea, recurrente en Sófocles,⁴ muchas veces ha sido ocultada, pero es difícil de negar. Previamente a la existencia personal, antes del surgimiento del mundo, la nada era. Incluso antes de que toda conciencia pudiera ser testigo de lo que sucediese, la nada era ya una realidad. Vinculada a su categoría de atemporalidad y de existencia continua e inmutable, la nada se convierte, en relación a lo humano, en la preexistencia y el culmen, en el inicio y el fin del periodo en que el hombre cree ilusoriamente que es algo. Ese tiempo está cercado y fronterizamente englobado por la nada. No hay forma de pretender no estar en el globo de la nada, una circunferencia que siempre hemos visto desde dentro y en la que se está sin cesar aun tras morir.

Hemos generado, culturalmente, algunas religiones que prometen la idea de un paraíso, una dimensión no terrenal en la que podremos reencontrarnos con los seres queridos, verles y gozarles luego de que nuestro tiempo en el “valle de lágrimas” haya terminado. Debe comprenderse que la simulación de un mundo futuro represente una necesidad psicológica para varias personas; su anhelo por negar las pérdidas absolutas de aquellos a quienes han amado les incita a tales creencias con las que disminuyen, de paso, el temor hacia su propia desaparición. No obstante la comprensión de esta variante tranquilizadora, no se justifica la ficción. Aunque algunas ficciones son funcionales para la vida, no es recomendable pasar la vida mintiendo siempre.

⁴Vid. Sófocles, “Edipo en Colono”; en *Obras selectas de Sófocles*, 2001.

La nada es el final de la vida, el final obligado, la entrada sin retorno. Con la muerte nadie nos ha robado algo, la vida misma no era nuestra, ha sido sólo un suspiro en que podemos intentar darnos cuenta, de manera limitada, de la majestuosidad de la nada. Morir no es una mala noticia, es una evidencia que debemos agradecer, pues al menos hemos vivido un poco para saber que moriremos. Morir es regresar al estado original de insignificancia. No hay vuelta atrás, no más idealistas y fantasiosos viajes imaginarios a una dimensión de placer, rodeados de arpas tocadas por ángeles; no será así, sólo la fría y reverenciada nada es lo que corresponde a una vida de desasosiegos.

Pensar en la muerte, en la nada que antecede y procede a nuestra vida, puede ayudar a vivir mejor. Y vivir mejor es entender, en medida de lo posible, las condicionantes que suponen ser seres desde y para la nada.

La nada condicionante

No sólo es una condicionante de la nada el hecho de ser anteceditos y proseguidos por ella, sino que la vida misma está situada en el espacio de la nada. Estar desprotegido ante el vaivén inevitable de las circunstancias que escapan a la voluntad personal significa que las cosas que nos rodean puedan ser exactamente lo contrario a lo que son, que las situaciones puedan modificarse, que el cambio persista, que nuestras emociones, gustos, proyectos, anhelos, temores, miedos, planes, parejas, situaciones, problemas y limitantes puedan ser y después no ser. De hecho, aun la misma voluntad es un aspecto personal modificable; si bien es cierto que la voluntad se sustenta en el criterio, este es modificado en función de las experiencias que, a la vez, son producto de circunstancias que están, la mayoría de las veces, fuera del control humano.

Por lo anterior, una de las condicionantes que ejerce la nada es la imposibilidad de la libertad. Si bien esto puede sonar a una tragedia, viéndolo con ojos benévolos, la situación que la nada propicia puede ser también liberadora de la necesidad de ser libres. Más adelante hablaré al respecto, basta por ahora con delinear que la nada, al ser alfa y omega de nuestra precaria existencia e ineludible comparsa del ser que posee

nuestro yo diluido, es también la condición misma de la vida, la situación *sine qua non* la vida misma es. Que la nada sea una condicionante de la vida, está íntimamente relacionado al hecho de que la nada implica el movimiento y el cambio consecuente.

La nada situada que implica el movimiento

El hecho de que la nada sea atemporal implica que no ha sido creada, que no es contingente y que es absoluta. Debido a que el resto de lo que es no comparte esta modalidad de ser, todo está sujeto al cambio menos la nada misma. Que la realidad sea contingente supone que todo está conectado entre sí y que cualquier acontecimiento, visto o no por mí, concebido o no por mí, está asociado mayor o menormente a mí, de maneras imprevistas e inimaginables. Que la nada sea situada implica también que está a la frontera de todo lo que es y que se asocia, directamente, a la posibilidad del no-ser de las cosas; por tanto, a pesar de que la nada no es generadora del cambio, sí lo faculta y posibilita. Tales cambios pueden consistir en la modificación de lo que es a otro modo de ser, ya sea en las categorías de cantidad, cualidad, ubicación o sustancialidad de lo que existe.

Que la nada situada esté vinculada al no-ser no significa con ello que sean lo mismo, cuestión ya discutida anteriormente; si la nada fuese solamente el no-ser, tendría un carácter contingente al ser del que sería negación, lo cual sería una contradicción con la afirmación de que la nada es no contingente. Además, si la nada fuera sólo el no-ser y necesitara al ser del que es negación, entonces al cumplirse el no-ser de tal ser (es decir cuando el ser sea lo que antes no era y lo que era ya no sea) entonces la nada dejaría de existir pues ya no sería el no-ser de lo que dejó de ser para ahora, efectivamente, no ser ni el no-ser. Obviamente, aquella reciente modalidad generada sería algo nuevo y tendría también un no-ser; de tal modo, el nuevo no-ser del ente emergido sería evidencia de que la nada no es contingente a un único ente del que es negación el no-ser, sino que está relacionada a todo lo que es.

En otras palabras, la nada tiene la suficiente flexibilidad como para contener el no-ser posible de todo lo que es ahora y

de todo lo que será alguna vez. Al mismo tiempo, incluye al no-ser que está listo para ser algo en específico. De ahí que no sólo sea el alfa y omega de los individuos humanos sino de todo lo existente, en una interminable asociación al ser y al ente que lo contenga. Si la nada está conectada a todo entonces se hace formal la idea del caos.

La nada asociada al caos

La idea del caos es precisamente eso: una idea. Usualmente la utilizamos para describir aquella situación de lo existente que no podemos explicar, debido a que su complejidad es mayor que nuestra capacidad de dilucidación e interpretación de las cosas. Al estar siendo contingentes a lo que existe, estamos conectados a todo lo existente. Esto supone una inmensa cantidad de interacciones entre las cosas, volviendo imposible a nuestra limitada capacidad dar una explicación del motivo por el que las cosas suceden como suceden. Algunos responderán, sin cautela, que el destino es la explicación del origen de los cambios. No obstante, la cuestión es aún más compleja que asumir una fuerza extraña que delimite el curso de las cosas; no se trata sólo de un poder unilateral, como el supuesto destino, sino de miles de millones de posibilidades entrelazadas que, debido a la causalidad, generan que las cosas (y nuestras percepciones de las mismas) sean exactamente como son.

A primera vista esto puede parecer caótico, pero tal impresión se debe a nuestra visión limitada. Detrás de semejante caos hay también un orden, un cosmos que no entendemos del todo pero en el que interactúa, sin duda alguna, la nada.

La nada asociada al cosmos

A pesar del caos visible, el cosmos es real aunque no sea visible siempre. Ciertamente es preferible ver el caos que no verlo, pues sólo el paso por la concepción del caos puede llevarnos a la conciencia del cosmos que está debajo del caos que suponemos.

Algunos individuos no son capaces de disponerse a tal proceso y se mantienen viendo un orden en donde tal orden no existe; en ese sentido, ver las cosas ordenadas cuando no lo están constituye un desorden de la percepción. Mejor que eso

es la comprensión de que, a pesar del desorden que sí se ve y que se reconoce, puede haber un orden. Este orden no es un destino, sino que supone, a pesar del desorden palpable, una razón de ser, una estructura posible.

En otras palabras, no se trata de la negación absurda y ciega de los problemas ni de no ver el caos; es requisito imprescindible ver el caos para entender que el cosmos existe, a pesar de que su existencia parezca inexplicable, incomprensible e inaudita para nuestra intelección. Si ya hemos asumido que la nada nos rompe las certezas, entonces podemos obtener tranquilidad aun en la ambigüedad, por más irracional que esto pueda sonar a más de un oído pretenciosamente controlador.

En el infinito mar de conexiones entre el ser y la nada, debido a su siempre estable relación, hay situaciones inexplicables que hay que dejar a la nada misma llevar. El sentido no se encuentra solamente en lo comprensible; en ocasiones, el sentido está en lo verdaderamente incomprensible para nuestro ansioso y, por lo general, nervioso intelecto. El cosmos del caos es un hecho. Si así se ve, entonces la nada no sólo se vuelve una posibilidad ante nosotros, sino una vivificación.

La nada vivificante

El reconocimiento de las categorías de la nada, anteriormente mencionadas, puede llevar de la mano al individuo para la vivencia de la nada vivificante. Con esto me refiero a que la nada puede volverse, si se asume correctamente, una filosofía de vida que no se limita sólo a racionalizaciones, sino que implica un compromiso mayor con lo que es, mientras lo que es *es*.

Asumir la nada y entender la levedad de nuestro propio ser, es tocar la nada misma en destellos de profundidad que enriquecen al paupérrimo interior usualmente acongojante que nos pertenece. Es por ello que, asumido de esta manera, se entiende que la mejor alabanza al posible Dios existente es negarle, pues con ello se le permite ser como es. El silencio ante la Deidad es la alabanza merecida en la que las palabras no estorban a su honesta consideración.

En lo que respecta a lo sensorial, existe también la posibilidad de lo no percibido. Estamos tan concentrados en lo que se debe escuchar o en lo que queremos oír que dejamos de lado el silencio, el espacio sin sonido en el que se escucha verdaderamente. Vivificar la nada es ver más allá de lo que está frente a nosotros, es saber ver, traspasar sólo lo evidente. La nada nos vivifica al estar en cada paso que damos en la vida; nos llevan los propios zapatos pero la nada permite que estos puedan avanzar.

La nada nos vivifica, no hay otra manera de ser que en ella, sobre ella, desde ella. La nada rodea lo que somos, no salimos nunca del círculo eterno de la nada que nos vivifica al contenernos. Si la noción de la nada suele comenzar siendo una especie de “idea infinita” intuita en lo profundo del yo, poco a poco se convierte en un principio metafísico propio. Es lo que Nishida llamó “lo universal de los universales”,⁵ al entender que la nada es el principio más alto de la realidad, el que relativiza todos los demás universales del pensamiento. Vivificarse es, por ello, no sólo centrarse en lo más alto, sino más bien en lo más alto, bajo, profundo, dentro y fuera del ser. Es por ello que “al igual con todas las cosas, así como con la conciencia humana, es la nada absoluta la que ha de proporcionar un locus para que la auto-identidad tenga lugar, un lugar que ni el mundo histórico del tiempo ni la conciencia misma pueden proporcionar”.⁶

Sin embargo, aunque se pueda obtener por instantes el locus que la nada proporciona, no se está nunca en condiciones de concebirle por completo.

Conclusión: La Nada que no es lo que se concibe de la nada

Finalmente, en ánimo de congruencia con lo expuesto hasta ahora, hay que reconocer que la Nada es más que lo dicho. Debo asumir que los párrafos anteriores no son más que un fallido, de por sí, intento por nombrar lo innombrable, por desentrañar lo que sólo es entraña y que no puede ser sacado a la luz.

⁵James Heisig, *op. cit.*, p. 96.

⁶*Idem.*

El sentido y trascendencia de la Nada radica en que no es jamás poseída por las explicaciones humanas y escapa siempre del control de la razón; si la Nada fuera sólo una temática conceptual de la cual conversar entonces no sería la Nada, sino que la habríamos convertido en algo, haciéndola no ser lo que es.

Una honesta hermenéutica de la Nada supone privilegiar la intuición translingüística, dadas las limitaciones connaturales a las expresiones consensuales. La Nada está fuera de todo consenso, su incontingencia le independiza de las interpretaciones posibles. Hablar de la Nada no supone la necesaria inteligencia para intentar hablar mejor de ella intentándola describir por completo, sino la sabiduría para asumir que la ha sido y será mucho más (o mucho menos o simplemente diferente) a lo que podemos decir de ella. En este libro he utilizado el término de “nada”, reconociendo que sería fallida la osadía de referir a mis intuiciones con el término de “Nada”. A través de la nada se contempla la Nada.

Es probable entonces que mis descripciones sean sólo una pasión inútil; sin embargo, creo que si el lector ha podido entender el mensaje silencioso detrás de las palabras, es porque hay una Nada detrás de la nada que ha deseado expresarse más allá de las palabras y eso, sin duda, *es algo*. Ningún concepto que pretenda expresar a la Nada puede tener éxito, a menos que se vea lo que no se ha dicho en lo que se ha dicho, que se entienda más de lo que se ha expuesto, que se observe más de lo que se ha mostrado y que se haga nada todo lo que se intentó que fuera algo. La analogía, en tal sentido, es una herramienta irrenunciable.

Referencias

Heisig, James, *Los filósofos de la Nada*. Barcelona, Herder, 2002.

Nishida, Kitaro, *Pensar desde la Nada*. Salamanca, Sígueme, 2006.

Sófocles, “Edipo en Colono” en *Obras selectas de Sófocles*. Madrid, Edimat, 2001.